



ELISABETH  
TOWER

**TRIOLOGIA  
INTRUSA**

**"CONFUSIÓN"**



---

# “CONFUSIÓN”

TOMO 1

TRIOLOGIA INTRUSA

---



# ELISABETH TOWER

## **INDICE**

AUTORA

DEDICATORIA

AGRADECIMIENTOS

## **OBRA**

ARGUMENTO DE LA TRIOLOGIA

INTRODUCCIÓN “CONFUSIÓN”

CAPITULO 1

CAPITULO 2

CAPITULO 3

CAPITULO 4

CAPITULO 5

CAPITULO 6

CAPITULO 7

# ELISABETH TOWER

## **AUTORA**

Elisabeth Tower es solo un seudónimo que uso, aunque muchos habrán sacado la conclusión que es mi nombre en inglés.

Nací un 15 de marzo de 1978 en la provincia de Sevilla.

Actualmente resido en un pueblo dormitorio que así es como denominan a mi localidad San Juan de Aznalfarache por su cercanía a la capital.

No me gusta hablar de mi vida privada, no creo que eso sea algo relevante para una obra.

No me interesa la fama y ni que hablen de mi persona, para mi lo importe es que a todas aquellas personas que adquieran algunos de mis libros les haya gustado y hayan disfrutado con su lectura.

# ELISABETH TOWER

## **DEDICATORIA**

Para José Salvador y Noelia, mis hijos, mis soles, a ustedes que sois mis alas para no dejar de volar y esa antorcha por la que luchar cada día para que permanezca siempre encendida.

Para Justo Poza Pérez, ¡SÍ!... A ti que cambiaste el argumento de mi vida. Por ser más que un amigo y un confidente en mis momentos difíciles. Por demostrarme que la vida, aunque es un jardín de rosas con sus espinas, siempre es hermosa la mires como la mires. Por quererme tanto, por aceptarme con mis cualidades y mis defectos. Por creer en mi y apoyarme en este nuevo proyecto. Para ti por tanto y por todo.

Para mi familia y amigos, por estar ahí y compartir conmigo tantos los buenos como los malos momentos vividos.

Esta historia va por todos y cada uno de ustedes.



## **AGRADECIMIENTOS**

A mis lectores, a los que conozco y a todos los que aún sois anónimos para mí, gracias por adquirir esta obra y confiar en que la historia que se esconde en el interior de este libro merece la pena ser leída.

Gracias a todos por formar parte de mi vida de una forma u otra.

Con todo mi amor y sinceridad

“Gracias”

# **“CONFUSIÓN”**

**TRIOLOGIA INTRUSA**

**(TOMO 1)**

## **ARGUMENTO**

### **TRIOLOGIA INTRUSA**

Francisco Cortes, primogénito y el cabeza en los negocios de viñedos de una acaudalada familia española de la maravillosa Isla de Lanzarote, creía conocer a Carmen.

La tenía por una mujer liberal, inmoral, una caza fortunas y sobre todo por una mala madre, capaz de entregar a los pequeños Juan y Daniela a los parientes de su padre a cambio de poder vivir cómodamente gracias a una suma escandalosa de dinero y olvidarse de ellos.

Pero Francisco Cortes tras su primer encuentro con ella, jamás podría haberse imaginado que secreto guardaría aquella hermosa mujer y como lograría engañarlo tras una falsa identidad

## INTRODUCCIÓN

Su vestido rojo oscuro corto se ajustaba a su cuerpo marcando unas deliciosas curvas y subía por sus piernas peligrosamente.

Y Javier se mordía los labios...

—“Pero... ¡que hermosura de mujer!... ¡que caderas...que cuerpazo!... ¿Cómo será tenerla desnuda en mi cama? Mmmm... una copa, dos copas, tres copas y ... esta noche es mi noche.” —pensaba sin poder dejar de mirarla.

—“¿Una copa Señor Cortés?” —lo interrumpió uno de los camareros que atendían en la fiesta.

—“¡Sí, gracias! —contestó, saliendo de su breve trance.

Por unos minutos quitó la mirada de la joven que más a su favor parecía ser una de las azafatas que su hermano Francisco había contratado para informar a los invitados sobre el nuevo rioja de etiqueta negra que habían lanzado al mercado.

Al cabo de unas pocas horas Javier y la joven azafata salieron juntos de la gala. Dejando solo como anfitrión a su hermano Francisco, el cual, por no dar una mala imagen, excuso otra vez como otras anteriores la ausencia repentina de Javier.

## CAPITULO 1

El pincel se deslizaba por el lienzo como si tuviese vida propia. “Este es mi don”, pensó mientras lágrimas caían desde sus ojos y recorrían sus mejillas. Quizás sería su último cuadro.

Disfrutaba pintando, amaba aquello que hacía y que desde niña había soñado hacer, pero... sus obras no le daban los suficientes ingresos para poder mantener a Daniela y a Juan. Tendría que buscar otro trabajo y dejar la pintura para más adelante.

No podía evitar sentir un nudo en el pecho cada vez que recordaba el día que Carmen se marchó dejando atrás a los mellizos.

—————&—————

Un mensaje en el celular:

“Laura lo siento, pero no puedo perder mi futuro y mi carrera, me marchó.”

Dejó todo lo que estaba haciendo. Paró un taxi y se dirigió al apartamento esperando detener a Carmen antes de que se marchase.

Demasiado tarde. Ya era demasiado tarde. Lo único que encontró fue una pequeña carta, fría y sin dar nota de sentimiento alguno.

“Mis hijos estarán mejor con otra familia, los he dejado bajo la tutela de los asuntos sociales. No es justo que tú sacrifiques tu vida por ellos.”

Bolso en mano y mirando el reloj, corría como alma que se lleva el diablo antes de que la oficina de asuntos sociales cerrase. Tenía que sacar de allí a sus sobrinos.

Durante varios días vivió un infierno, pero por fin y gracias a Eduardo Castañeda un abogado de oficio pudo recuperar a los niños.

—————&—————

El dolor se reflejaba en su rostro al recordar todo lo que había pasado meses atrás, y más aún ver como su hermana había podido abandonarlos como lo hizo.

En ese momento sonó el timbre de la puerta sacándola de sus pensamientos.

Cuando llegó a la puerta preguntó antes de abrir.

—¿Quién es?

—Soy Francisco... Francisco Cortes.

Sintió un escalofrío que la recorrió de los pies a la cabeza.

Laura no lo conocía, solo de oídas y de lo poco que le había hablado Carmen.

Pero no lograba entender porque estaba allí Francisco en vez de Javier el padre de los niños.

Al abrir la puerta se sorprendió.

—¿La señorita Carmen Martínez? —preguntó secamente.

Laura al verlo no oyó lo que le preguntaba. Entró en choc ante la figura que tenía ante sus ojos.

Era un hombre alto, de ojos color miel, con unas espesas pestañas largas y negras como su pelo. El calor de su mirada era opacado por la gravedad de su expresión, por las cejas pobladas y la línea dura de su mandíbula, aunque con un atractivo muy sensual en sus labios.

Le entraron ganas de cerrarle la puerta en las narices. Intuía la razón de su presencia... o creía saberla.

“Ha venido por los niños” pensaba Laura.

A su espalda, oyó el ruido tan particular que emitían los pequeños cuando se peleaban por algunos de los juguetes que tenían dentro del parque. Se acercaba la hora de comer y solían ponerse muy nerviosos.

—¿La señorita Carmen Martínez? —preguntó nuevamente

Tenía un ligero acento caribeño que hacía que su voz resultara muy sexy.

—¿Me permite pasar...? —pregunto indirectamente señalando el interior de la vivienda.

Laura se pasó los dedos por el pelo sin darse cuenta de que los tenía lleno de pintura, por educación no tuvo más remedio que responder:

—Perdóneme por supuesto. Pase usted por favor, señor Cortés.

“Al fin y al cabo, no estará mucho tiempo” —pensó sin advertir la que se le vendría encima en poco tiempo. —“Lo que tengo que hacer es mantenerme firme y nada más. Todo será rápido”.

Creyó que solo estaría el tiempo necesario para decirle que ni él ni su familia estarían dispuestos a ceder ante algún chantaje, emocional o económico.

Desde que Carmen se había quedado embarazada, Laura estuvo un tiempo recopilando información sobre los hermanos Cortés y todo lo perteneciente a

su familia. Lo único que sabía eran que una familia muy rica y respetada de la Isla de Lanzarote, dueña de una gran bodega productora de vinos con denominación de origen. Poco más había leído sobre ellos, pero dejó de buscar información en varios días ya que lo que a ella le interesaba era el estado de su hermana.

Por su posición, Laura estaba segura de que Francisco se mostraría incomodo por el lugar en el que se encontraba; un pequeñísimo piso lleno de caballetes y pinturas al óleo junto con artilugios para los bebés que apenas daban espacio para moverse. En realidad, pocas veces se fijaba en su casa, pero aquella fue una de esas ocasiones; y se dijo que ni siquiera el blanco polar de las paredes recién pintadas hace unos días, ni los muebles de colores suaves, conseguían disimular el hecho de que su piso se encontrara en uno de los barrios con más mala fama de Sevilla.

En contra de lo que Laura esperaba, Francisco fijó la mirada en el parque donde se encontraban los pequeños; y en sus ojos apareció una expresión que la hizo volver a estremecerse. Los pequeños al ver a Francisco y con la poca costumbre a ver desconocidos allí, dejaron de jugar y lo miraron fijamente.

Laura no pudo negar el parecido entre Francisco y el pequeño Juan, mientras la pequeña Daniela era más parecida a su madre y a ella.

“Será mejor que no se dé cuenta del parecido Juan con su familia, — pensó—. Que diga lo que tenga que decir, y que se vaya lo antes posible”

En ese momento, Juan sonrió, mostrando los dos dientes que le empezaban a brotar y fue como si el sol saliera en un día lluvioso. Para sorpresa suya, Francisco también sonrió. Fue una sonrisa sincera, salida del alma, una sonrisa que por un instante la dejó sin respiración, pero por otro lado la dulce Daniela comenzó a gimotear como queriendo salir llorando, mirando a su tía, Laura reaccionó llevada por un fuerte instinto protector y levantó a la pequeña en brazos cuando intuyó que Francisco iba a hacerlo.

—Viene usted en nombre de su hermano Javier, ¿verdad? —dijo.

Javier era el hermano pequeño de Francisco Cortés. Laura tenía constancia de que Javier no había contestado a la primera carta de Carmen, donde le comunicaba que estaba embarazada. Después envió otras tanta informándole sobre el embarazo y la llegada de los pequeños; eso significaba que había olvidado a aquella azafata con la que había pasado varias noches después de la fiesta y, sobre todo, que no reconocía a los pequeños.

La presencia Francisco en su casa indicaba claramente que su intención

era atajar de raíz las supuestas ambiciones que la madre de los pequeños pudiera tener respecto a la fortuna de los Cortés.

“Eso no me parece mal del todo, es muy razonable”, se dijo, al tiempo que Daniela pretendía abrirle la boca para examinar sus dientes.

—Ma.... ma.... ma...

Por un momento, olvidó la presencia de Francisco y sonrió. Aquella silaba que la pequeña Daniela había empezado a pronunciar con claridad unos días antes, evidenciaba que empezaba a considerarla su madre. Y en realidad lo era, aunque no biológicamente. Y si el trámite de adopción se desarrollaba sin problemas, pronto lo sería legalmente.

“No entiendo cómo Carmen fue capaz de abandonarlos tan fácilmente, — se dijo—, ni lo entenderé nunca”.

No tardó en volver a la realidad y levantó la mirada para fijarla en la del lanzaroteño. La tierna sonrisa que se dibujaba en su cara desapareció como por arte de magia al darse cuenta de que él la estaba recorriendo lentamente con su mirada de pies a cabeza.

—Ahora la reconozco —afirmó Francisco.

Cortés retrocedió algunos pocos pasos, evitando chocar con el caballete que se encontraba a su espalda para mirarla mejor. En sus ojos brilló por unos segundos la sombra de duda, algo que inquietó a Laura al pensar que se abría dado cuenta de la diferencia de ella con su hermana, pero luego insistió con su afirmación.

—¡Sí!... La vi en Sevilla, en la fiesta. Esa noche estaba usted verdaderamente atractiva, como corresponde a una azafata profesional. Nosotros la contratamos, para la presentación de nuestros nuevos vinos. Sólo la vi un momento, pero vi cómo abrazaba a mi hermano Javier —la voz le tembló ligeramente, pero continuó —: Después de conocer al niño que es el que ha sacado nuestros rasgos, no tengo dudas de que sea suyo. ¿Cómo se llaman los pequeños?

“¡dios! Cree que yo soy Carmen —pensó la muchacha con un nerviosismo como si estuviese a punto de entrar en histeria—. Si mi hermana Carmen lo supiera, se pondría furiosa al pensar que alguien puede confundirnos...”

Por impulso iba a negar que fuera ella la madre de los pequeños, pero se dejó guiar por la prudencia que le aconsejó contestar simplemente:

—Se llaman Juan y Daniela.

Abrazó con fuerza a Daniela, apretándola con fuerza contra su pecho al



reconocer los gestos que estaba haciendo, antes de que diesen paso al llanto con el que solía exigir la comida.

—Señor Cortés... tendrá que disculparnos un momento. Tengo que prepararle la leche —prosiguió—. Pero no se preocupe. No queremos nada.

—“¿Queremos?” eso es plural —contestó Francisco, frunciendo el ceño y buscando con la mirada algún anillo en sus manos que indicase que estaba casada.

—Me refiero a mis pequeños y a mí —repuso ella.

En realidad, se refería a su hermana. Pero como Carmen había abandonado a sus hijos sin el menor remordimiento, Laura lo había considerado como una renuncia a cualquier derecho que pudiera tener sobre ellos.

—Entiendo —dijo él, al tiempo que algo semejante a una expresión de alivio, se reflejaba en su semblante; y añadió—: Mis sobrinos no tienen edad suficiente para tomar ese tipo de decisiones.

Lo dijo con tal arrogancia, que a Laura le entraron ganas de echarlo de su casa. Sin embargo, no terminó ahí.

—¿Y usted? —siguió preguntando, con una educación que no disimulaba el desdén que le inspiraba—. ¿Piensa hacerme creer que de repente se ha convertido en una mujer madura y responsable?

Laura, aunque en el fondo sabía que aquellos comentarios no eran hacia ella, sino a su hermana sintió que el rubor cubría sus mejillas. Estuvo a punto de responder que ella no era la mujer irresponsable que había hecho el amor con un hombre al que acababa de conocer sin tomar las debidas precauciones. Se contuvo haciendo un esfuerzo y guardó silencio.

Francisco interpretó su rubor como una afirmación a lo que había dicho, arqueó una ceja y añadió:

—Me lo imaginaba.

Esbozó un gesto que semejaba vagamente una sonrisa, pero no había en él el menor rastro de humor. Laura se quedó sin habla y casi sin respiración.

La personalidad de Francisco le resultaba intimidante, de echo estaba consiguiendo intimidarla.

“Es demasiado prepotente y fuerte para mí, —se dijo—. Tengo que ser muy prudente con cualquier comentario”.

No acababa de pensarlo, cuando Francisco volvió a hablar. Y la suavidad del tono de su voz realzó la brutalidad de sus palabras, lo que la inquietaba

profundamente.

—Las reclamaciones son un arma de doble filo. Tal vez sea cierto que no pretende presentar alguna demanda reclamando lo que por ley les pertenece a sus hijos. Desde luego, está usted en todo su derecho, pero si quiero advertirle que yo no pienso renunciar a los míos, ni a mis obligaciones como tío legítimo de ellos.

Aquello era una clara amenaza. Y así lo pensó Laura mientras sentía como aparecía en su boca el sabor del miedo. ¿Cómo había podido pensar en algún momento que en aquellos dulces ojos había un calor humano? Sin embargo, tuvo el valor suficiente para levantar la barbilla e impulsada por la fuerza por el amor que sentía por sus sobrinos, preguntó:

—¿Está usted tratando de decirme que, después del tiempo transcurrido, el padre de mis pequeños ha decidido ahora... reclamarlos?

Si algo tenía ya muy claro, era que no iba a soportar ninguna reclamación por parte del padre; sobre todo, en aquel momento, pues estaba haciendo los trámites de adopción después de marcharse su hermana. Claro que eso no se lo iba a decir, de modo que continuó:

—Escúcheme señor Cortés. —su voz salió fuerte y firme— Su hermano ignoró el nacimiento de los niños durante muchos meses, y este cambio repentino es muy extraño. Además, ¿por qué no ha venido él? ¿Por qué le hace usted el trabajo sucio? ¿a que teme el señor Javier Cortés?

Francisco permaneció en silencio e inmóvil durante un larguísimo momento, sin inmutarse, como una estatua. Cuando por fin, abrió ligeramente los labios y sin poder articular palabra dijo:

—Mi hermano... Mi hermano Javier está muerto.

## CAPITULO 2

“Muerto...muerto”. Aquella palabra se reflejó durante mucho tiempo en la mente de Laura, que palideció considerablemente. Cuando pudo articular palabra, solo pudo decir:

—Lo... lo siento muchísimo. Yo... No lo sabía de verdad.

—La entiendo, no se preocupe.

Por un instante, los ojos de Laura se encontraron con los ojos de Francisco y entre ellos no hubo aversión sino comprensión. Y Laura, sin saber por qué, se sintió unida a él por un lazo más fuerte que la compasión e intentó hacer una tregua durante el tiempo que Francisco estuviese allí.

Pero... Francisco no tardó en volver a transformarse en el hombre frío, calculador, imponente y educado del principio, dirigiéndose nuevamente a Laura con su carácter intimidante:

—Como madre de los pequeños, tiene usted derecho a hacer ciertas demandas en contra de mi familia. Sin embargo, yo también tengo derecho sobre esos niños. Mis sobrinos. Comprenderá que mi hermano no puede reconocer legalmente a sus hijos, pero yo sí puedo hacerlo en nombre de la familia Cortés. Estos niños son de nuestra sangre. Más todavía, Juan es mi heredero varón. —De pronto, cambió de tono. —Parece que el pequeño se impacienta. Déjeme tenerlo en brazos mientras usted le prepara la leche a Daniela. No tema, no lo raptaré — añadió, sonriendo—. Deje si quiere la puerta de la cocina abierta, para que pueda vigilar que no me marchó o cierre con llave la de la entrada.

“¿Cómo iba a confiar en él, si no sabía lo que se proponía?”

De una cosa estaba completamente segura: La intención de Francisco era convertir a Juan en un miembro más de la familia Cortés. Le estaba dando a entender que solo quería al pequeño. Lo que no lograba intuir era hasta donde llegaría el alcance de esas palabras. Sin embargo, tuvo que aceptar el riesgo y dejó al niño a cargo de su tío. Las manos le temblaban mientras sostenía a Daniela y preparaba los dos biberones de leche, y se alegró de no haber confesado que ella no era la verdadera madre de los pequeños.

«Si llega a enterarse de que Carmen abandonó a sus hijos... no quiero ni pensar en lo que pueda hacer», se dijo sacudiendo la cabeza para alejar aquel

pensamiento que sin remediarlo apareció en su mente.

—Quédate con ellos, si tanto los quieres —le había dicho Carmen el día que ella la llamó para recriminarle su abandono. Fue entonces cuando se había convencido de que Javier nunca los reclamaría tampoco.—. Busca un abogado y adóptalos... Haz lo que te dé la gana y olvídate de mí. —fueron las últimas palabras que escucho de su hermana.

Lo único que su mente lograba alcanzar era que su hermana había querido utilizar a los pequeños como la llave para entrar a formar parte de la riquísima familia Cortés, y cuando se había dado cuenta de que eso no iba a suceder nunca, había intentado deshacerse de lo que consideraba más que una carga, un obstáculo para seguir viviendo como lo hacía antes de tener a los pequeños.

“La única forma de evitar que me los quiten, —se dijo Laura nuevamente, es seguir haciéndole creer que soy la verdadera madre de Daniela y Juan. Por lo menos, hasta que el trámite de adopción haya concluido” —así lo pensó y así lo hizo.

Infantiles gritos de alegría la recibieron cuando volvió a la sala con el biberón de leche para el pequeño. Laura se encontró con un espectáculo que le pareció verdaderamente increíble: Francisco Cortés, sin chaqueta, hacía cabalgar a Juan en sus rodillas: y tenía el rostro iluminado por una sonrisa que le daba una nueva dimensión a sus hermosos rasgos.

Estando relajado, resultaba un hombre irresistiblemente atractivo. A Laura empezó a latirle con mucha fuerza el corazón. Y eso era algo que no había ocurrido desde hacía mucho tiempo, por lo menos desde que había terminado con Luis. Un largo noviazgo que terminó a causa de querer ella adoptar a sus sobrinos.

“Es una tontería”, pensó.

No tuvo tiempo de seguir pensando en ello, porque Francisco se levantó en cuanto la vio entrar y la sonrisa desapareció de sus labios.

—Ahora que ya está al tanto de los hechos —le dijo—, voy a poner las cartas sobre la mesa. Pero primero déjeme echarle una mano.

Francisco alargó su mano pretendiendo que Laura le diese el biberón de Juan.

—Deme el biberón de Juan, yo se lo daré. —ordenó— usted de le de comer a la niña. Así terminaremos antes con todo esto.

Laura estuvo a punto de decirle que se fuera sin decir más; pero se contuvo, le dio el biberón de Juan y ella tomó el de Daniela. Se sentó en la

silla que solía emplear para pintar dejándole el sillón a Francisco y se dispuso a escucharlo mientras ambos niños chupaban de sus respectivos biberones. Después de todo, era mejor estar al tanto de sus planes.

Francisco se sentó no se veía incomodo dándole el biberón a Juan. Pero en sus ojos brillaba una fría determinación.

—Ahora que conozco a mis sobrinos, sobre todo a Juan no puedo negar que son hijos de mi hermano, aunque no me hace gracia reconozco que Daniela es igual a usted. Algún día le enseñaré fotografías de mi hermano que le hicieron cuando tenía esta edad y le aseguro que no podrá distinguir a uno de otro.

Calló un momento. Tal vez esperaba que Laura hiciera algún comentario, pero ella no sabía qué decir y continuó mirando a Daniela terminándose su biberón.

—Quiero que mis sobrinos, especialmente Juan... sean educados como nosotros, que conozcan y aprecien su rango paterno. Juan es el heredero por ser varón y algún día tendrá que encargarse de nuestros negocios, no quiero decir con eso que Daniela no pueda hacerlo también. ¿Sabe usted lo que eso significa? ¿me entiende verdad?

El tono mandatario de su voz la obligó a levantar la vista. Inmediatamente, se encontró con la frialdad de su mirada. Se estremeció ligeramente y trató de aparentar indiferencia y se atrevió a preguntar:

—Y... ¿usted no tiene hijos que puedan ser sus herederos, señor Cortés?

Francisco apretó con fuerza los labios durante una fracción de segundo. Laura comprendió que lo había dado en la llaga. Eso la confortó, y aunque la razón le decía que no era correcto alegrarse de un mal ajeno, era la primera vez que no se sentía tan vulnerable ante su presencia. La alegría le duró poco. En cuanto sacó el biberón de la boca de Daniela y la colocó sobre su hombro para darle palmaditas en la espalda, Francisco siguiendo sus mismos pasos y haciendo lo mismo con Juan, mirándola respondió:

—Soy viudo. Mi esposa murió sin tener hijos y no estoy dispuesto a casarme de nuevo, aunque eso sea ir en contra de los deseos de mi familia. Yo esperaba que mi hermano Juan se casara y nos diera herederos, sin embargo, ha muerto demasiado pronto.

Ocultando su nerviosismo, Laura se levantó y fue a dejar a Daniela en la enorme cuna donde dormían los dos pequeños. Seguidamente cogió a Juan de los brazos de Francisco y lo acostó junto a su hermana. Los arropó

cuidadosamente y observó la sonrisa que se dibujó en sus pequeños labios cuando se quedaron dormidos.

Esos eran los herederos de los Cortés, y Francisco no iba a reparar en nada para quedarse con ellos, al menos con Juan. Eso estaba muy muy claro. Todas sus palabras habían estado encaminadas a convencerla de cual eran sus intenciones.

Sintió la presencia de Francisco a su espalda. Estaba mirando a los pequeños por encima de su hombro. Le entraron ganas de gritar, de ordenarle que se fuera y no volviera nunca, pero no podía hacerlo; y para ocultar su inquietud, dijo:

—Siento mucho la muerte de su hermano; sin embargo, no creo que tuviera mucho interés en sus hijos puesto que no contestó a mi... mis cartas.

No estaba acostumbrada a mentir y se sonrojó. Laura era una chica honesta y sincera; pero se trataba de sus sobrinos y futuros hijos, de quedarse con ellos, de darle todo el amor que su verdadera madre era incapaz de sentir.

Francisco Cortés se apartó unos pasos y comenzó a hablar.

—Aproximadamente casi un mes después de su... llamémoslo encuentro, Javier tuvo un accidente de moto. Mi hermano era muy aficionado a las carreras ilegales como a otras muchas cosas que no ayudaron mucho al tener el accidente. Cuando llegaron sus cartas, nuestra asistente las guardó; quedaron olvidadas hasta hace dos semanas que empecé a poner las cosas de mi hermano en orden. No puedo culpar a Carmela; ella al igual que todos nosotros, estaba muy alterada por todo lo ocurrido. Sin embargo, yo sé que Javier hubiera reconocido a sus hijos.

Cuando terminó de hablar, se irguió en toda su altura.

—Si usted lo hubiera conocido de verdad, se hubiera dado cuenta de ello. No sé hasta qué punto llegó su relación con él; pero si he de juzgar por su reacción al saber que Javier está muerto, no parece que llegaran muy lejos.

—Yo... —balbuceó Laura.

Estaba impresionada por el aspecto de Francisco y tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse. Tenía que decir algo. Hurgó en su memoria, tratando de recordar los comentarios que había hecho Carmen sobre su aventura con aquel joven.

—————&—————

*“Pasamos unos días maravillosos —le había confesado un día su*

*hermana—. Comimos lo que nos dio la gana, bebimos sin medida, hicimos el amor muchas veces... casi no dormimos. Por lo que me dijo, y por lo que yo pude averiguar, sé que pertenece a una familia fabulosamente rica. Tiene un hermano mayor, que es el gerente de todos los negocios que tienen; pero parece que es un poco raro y no creo que sea un obstáculo. Ya sabes cómo son los hombres bien acaudalados en eso del honor y la importancia que dan a la familia. Creo que he pillado un magnífico partido. Javier estaba muy interesado en mí, y cuando se volvió a Lanzarote, le prometí escribirle para confirmarle cuándo podría volver a verme. Pero he estado tan ocupada desde que se marchó...”*

Laura recordaba con claridad que al llegar a ese punto se había encogido de hombros con elegancia, y luego había continuado:

*“Va a estar encantado con la noticia. Le voy a escribir inmediatamente.”*

—————&—————

Todo eso pasó por su mente en una fracción de segundo y escogió con cuidado lo que debía decir a Francisco Cortés.

—Sólo estuvimos juntos un par de días —comentó, a la defensiva.

No le gustaba la mentira, pero, dadas las circunstancias, era lo único que podía hacer.

—Fue más que suficiente para concebir un hijo —respondió Francisco con una dureza que le heló la sangre en las venas: luego sacó dos hojas de papel de un bolsillo interior y se las enseñó —Hace cinco meses, usted deseaba que mi hermano Javier conociera la existencia de sus hijos. Supongo que escribió estas cartas por su propia voluntad.

Se quedó como una estatua. Sintió como el pulso se aceleraba cada vez más al ver las cartas.

¿Qué podía decir ahora?

Asintió con un gesto, sintiéndose cada vez más envuelta en sus propias mentiras. Se sintió más culpable cuando lo oyó decir:

—Por cierto, no he conseguido descifrar su firma. Es usted la madre de mi sobrino y no sé cómo se llama.

No le extrañó que no pudiera leer la firma de su hermana. Su escritura era rebuscada, pero la firma no había quien la entendiera. Lo único que se apreciaba con claridad era la «M» inicial y la «P» final; lo demás era un

garabato.

—Me llamo Carmen —afirmó, después de aclararse la garganta— Firmo solo con mis apellidos ya que como podrá ver mis cuadros también van firmados, aunque uso un seudónimo para mis obras de arte. Es una manera de no relacionar este trabajo con el de azafata.

—Muy bien, Carmen. Ahora me vas a decir qué es lo que prefieres, un arreglo económico o matrimonio —le espetó él, con mayor dureza que antes.

El corazón le latió con fuerza. Sobre todo, cuando lo vio acercarse a ella.

—¿A qué se debe esa decisión repentina de no hacer ninguna reclamación? —le preguntó.

—A que me di cuenta hace ya tiempo que mis hijos y yo podemos arreglárnoslas solos. No necesitamos la ayuda de nadie, especialmente ahora que sabemos que Javier está muerto.

Lo dijo con firmeza, porque estaba diciendo la verdad y no necesitaba fingir.

—La comprendo y es de admirar su decisión.

Francisco Cortés se desplazó por la pequeña habitación como un depredador esperando el momento de lanzarse sobre su presa.

Al darse cuenta de su actitud, Laura levantó la barbilla, dispuesta a no dejarse intimidar. Mientras creyera que ella era Carmen la madre del niño, no había peligro.

—¿Quién se hace cargo de los pequeños mientras tú trabajas? —quiso saber Francisco—. ¿cómo hace cuando trabaja de azafata hasta tarde? ¿y... cuando expone en alguna galería sus obras? ¿cómo compagina los dos trabajos? ¿Tienes algún jardín donde pueda jugar libremente el día que aprenda a andar? No veo nada que se le parezca.

Aquello más que una conversación parecía un interrogatorio policial. Con movimientos firmes, tomó las cartas de Carmen, las dobló y se las guardó en el bolsillo. Todo ello, sin dejar de mirarla fijamente.

—Aquí cerca hay un parque donde pueden jugar todo lo que quieran y respecto a mi trabajo o quien me ayuda con mis hijos es cosa mía —respondió Laura no dejándose intimidar—. Y no necesito pagarle a nadie para que me ayuden con ellos mientras trabajo. Desde hace algún tiempo me dedico a pintar por encargo y con ello gano dinero suficiente para poder permitirme una excedencia como azafata.

Eso no era totalmente cierto. Desde que había renunciado al trabajo en la



galería de arte, sólo había vendido algunos cuadros en una pequeña empresa de decoración e ilustrado un par de libros. Ganaba poco, pero confiaba en que, con el tiempo, su nombre sería reconocido y su trabajo, apreciado.

—¿Habla en serio?

Francisco se volvió a mirar el caballete. Sobre él se hallaba un lienzo pequeño. Le gustaba pintar cuadros pequeños. El lienzo representaba una calle muy conocida de Sevilla, del barrio Santa Cruz concretamente y era su tercer trabajo por encargo.

Francisco no hizo el menor comentario sobre su trabajo; sin embargo, cuando habló, había en su tono sarcasmo, no por decir que burlón.

—Eres una mujer con muchas cualidades, pero, a menos que esté equivocado, no he oído hablar nunca de un pintor que se haga famoso de la noche a la mañana. Pueden pasar muchos años para que tus cuadros sean apreciados en lo que valen. ¿Qué vas a hacer mientras tanto? ¿Morirte de hambre o volver a tu otro trabajo trasnochando? Y, sobre todo, ¿qué será de mis sobrinos entonces?

¡Era un hombre insufrible! Cómo se atrevía a decirle que ella era capaz de desatender a los niños... a sus hijos.

—Ya estoy harta de sus insinuaciones, su mala educación y sobre todo de este interrogatorio. Soy perfectamente capaz de...

—¡Silencio! —explotó Francisco.

Un brillo de rabia iluminó los ojos de Francisco, que se metió las manos en los bolsillos, como si se contuviera para estrangularla. Y si su actitud era aterradora, más lo fueron sus palabras:

—Te guste o no, pienso ocuparme de la educación de mis sobrinos. Quiero que vivan en Lanzarote, a mi lado. En Canarias tendrán todos los beneficios que su apellido puedan reportarles. Allí aprenderán todo lo que necesitan saber para que ellos puedan hacerse cargo de nuestros negocios cuando llegue su momento. Y te advierto que vengo preparado para conseguir lo que quiero.

Le dirigió una sonrisa lenta que la hizo estremecer. y continuó:

—Si no accedes de buena fe a mis deseos, iremos a juicio. Y te advierto que yo lo ganaré, puedes estar segura. Eso me dará derecho a llevar a los niños conmigo con regularidad y educarlo como lo hubiera educado su padre. Puedo ir más lejos, si es necesario: un buen abogado me ayudará a demostrar que no eres la madre adecuada para ellos.

Laura dejó escapar un gemido, pero él continuó, implacable:

—Todo el mundo sabe que eres una pintora de poca categoría, y una azafata de fiestas a la que le gusta emborracharse con los invitados y no tendré miramiento en decir que sueles también acostarte con el primero que te lo propone. Lo sé porque te vi en nuestra recepción en Sevilla con Javier. Apenas podías tenerte en pie; prácticamente, le estabas suplicando que se acostara contigo. Tengo muchos testigos que no vacilarán en dar su testimonio si yo se lo pido. Sé que, si investigamos tu comportamiento anterior a esa noche, encontraremos muchas pruebas de tu promiscuidad. Además, esta repentina idea de vivir de la pintura más bien parece el capricho de una persona sumamente inestable, ¿no te parece? Nadie dudará que la maternidad te cansará un día u otro, que pronto empezarás a echar de menos la interesante vida social que solías tener, las fiestas y los amores fáciles.

Se interrumpió para ir a buscar la chaqueta que se había quitado para jugar con Juan.

—No quiero llegar tan lejos, si no es necesario. Si accedes a acompañar a mis sobrinos a Lanzarote para que conozcan a su abuela... No te lo pido por gusto, sino porque unos bebés tienen que ir acompañados por su madre, eso es comprensible por mi parte. Si accedes, me olvidaré de todo lo demás.

Le dirigió una sonrisa que encerraba una amenaza.

—Bueno... me despido... por el momento. Vendré mañana a la misma hora para preguntarte lo que has decidido. Pasado mañana pondré manos a la obra sea cual sea tu respuesta. Te advierto que, si decides enfrentarte a mí, te quitaré a tus hijos. De eso, puedes estar segura.

### CAPITULO 3

—Espero que el sol de Lanzarote descongele tus cuerdas vocales —dijo Francisco, mirándola con una sonrisa burlona.

Laura tuvo que admitir que la observación estaba justificada. Durante todo el vuelo había estado demasiado callada por su preocupación, además muy nerviosa para tener cuidado en sus respuestas a los intentos de conversación que Francisco quería mantener. Por fin, el isleño se había dado por vencido y se había hundido en el silencio y con el paso de los minutos, se había quedado dormido.

Le envidió su facilidad para pasar con rapidez de un estado de ánimo a otro. Laura no podía apartar de la mente los remordimientos ni la preocupación por lo que había hecho y por lo que iba a suceder. Afortunadamente, tanto Juan como Daniela se habían quedado dormidos en cuanto habían despegado del aeropuerto de Sevilla. Demasiado movimiento y estrés en tan pocas horas para ellos.

Cuando llegaron al aeropuerto, Juan empezó a moverse, y Francisco dijo:

—Déjame ayudarte. Yo llevaré a Juan y tú te ocupas de Daniela.

—No.

—En carro tiene que ir con el equipaje y tu no puedes sola con los dos.

Inconscientemente, abrazó con más fuerza al niño.

—Como quieras —respondió él—. Pero sé que no tardarás en cansarte al llevarlos a los dos tú sola, ya pesan bastante. O... ¿quieres una apuesta sobre cuánto aguantarás?

Su observación estaba casi justificada por las mentiras que le había dicho desde el primer momento, pero eso no excusaba su falta de consideración hacia ella. De todas formas, Laura no hizo ningún comentario al respecto.

La cálida y brillante luz del sol de la isla la obligó a cerrar los ojos momentáneamente. Cuando los abrió, se encontró con un azul muy profundo. Acababa de dejar una ciudad muy bonita pero nublada y lluviosa en el mes de marzo, y la primavera Lanzaroteña le causó un gran impacto. Y, cosa curiosa, en vez de relajarla hizo que se pusiera más tensa.

Francisco Cortés se dio cuenta y dijo con indiferencia:

—Estás cansada, ¿verdad? Eduardo llegará con el coche dentro de un

momento. No debe tardar ya mucho en llegar.

Como si fuese un deseo a sus palabras, un enorme coche color negro, se detuvo frente a ellos. Francisco chasqueó los dedos, y el empleado del aeropuerto que llevaba el equipaje se apresuró a acercarse.

“¡Qué arrogante es!, —pensó Laura—. Todo lo consigue con un chasquido. Está acostumbrado a obtener lo que quiere y en el momento que lo quiere. Si alguna vez alguien le falla, su reacción será sorpresa, asombro... y cólera”.

Ella estaba dispuesta a provocarle todos esos sentimientos. Francisco quería a Juan y Daniela. Estaba decidido a obtener sus custodias; pero ella, por su parte, se había propuesto no perder aquella batalla, fuese cual fuese su precio.

Desde el momento en el que Carmen había pretextado que no tenía tiempo para ocuparse de sus hijos, Laura se había ocupado de ellos en cuerpo y alma. Había llegado hasta el punto de renunciar a su empleo como ilustradora en una editorial para poder estar con ellos día y noche. Por eso, Francisco Cortés no iba a poder salirse con la suya aquella vez.

Había accedido a ir a Lanzarote porque no le había quedado más remedio tras sus amenazas. Con ello había querido demostrar que era una madre cariñosa y responsable. Además, serían unas cuantas semanas nada más, y estaba segura de que la abuela de los niños se convertiría en su aliada. Ella era madre también y sabía que en ningún hogar estaría mejor unos niños, que, al lado de su madre, y que el amor maternal era mucho más importante que todas las ventajas materiales que los Cortés pudieran ofrecerle.

Un empleado del aeropuerto y Eduardo, un hombre fuerte y al parecer muy servicial, colocaron el equipaje dentro del coche y abrieron la puerta. Laura entró, sintiéndose profundamente desalentada. Desde que Francisco había aparecido en su vida, todo había empezado a complicarse. Su vida se había puesto patas arriba.

El aire acondicionado del coche le hizo darse cuenta del intenso calor que hacía fuera. Colocó a cada uno de los pequeños sobre una de sus piernas y se dijo que no debía preocuparse, que ya encontraría la forma de salir del lío en el que estaba metida.

Francisco se sentó a su lado y Laura volvió a tensarse. Estaba demasiado cerca, y eso le molestaba. Francisco Cortés hizo un gesto con la boca, que le indicó que había advertido su reacción. Entonces, supuso que se sentía así por

el miedo a que les quitara a los pequeños, y que no tenía que ver con la virilidad que irradiaba.

Sin embargo, la proximidad del muslo de Francisco la ponía nerviosa. Para tranquilizarse, y también porque temía que su silencio hiciera pensar a Cortés que era una mujer inmadura, preguntó:

—¿Estamos muy lejos de su casa?

—A unos pocos kilómetros —contestó Francisco secamente—. Tendrás que esperar un poco para disfrutar del lujo de nuestra casa en Gran Canarias. Primero pasaremos unos días en la finca de aquí en Lanzarote.

—¿tardaremos mucho en llegar? —preguntó Laura.

La molestó que Francisco pensara que estaba ansiosa de imitar su estilo de vida en la ciudad y temió que pensara que esa era la razón por la que había aceptado hacer el viaje con él.

—Está a unos cinco kilómetros del aeropuerto, en dirección opuesta a la costa. En la finca verás los viñedos y la casa —le dijo con voz dura. Cambió de tono para añadir—: Dijiste que estabas harta de la vida de la ciudad. En el campo, la vida es muy tranquila. Espero que no te sientas muy sola en nuestra finca.

Si ella fuera la que había dicho que era... Si ella fuera Carmen Martínez, se sentiría aislada en cualquier parte que no fuera una fiesta. Pero como era Laura con muchísima menos experiencia social que su hermana, el aislamiento no la molestaba, al contrario. Sin embargo, su tarea era convencer a su enemigo de que era Carmen, y que era una mujer nueva. Todo le resultara muy fácil. Sería Carmen, pero con la personalidad suya propia, la de Laura.

Juan empezó a impacientarse y Laura se lo pasó a Francisco. Él la miró, sorprendido, y ella se volvió para mirar por la ventanilla y señalarle con el dedo lo que iban viendo a Daniela. Una traviesa sonrisa jugueteó en sus labios, pues sabía que la inquietud del pequeño se debía a que estaba mojado... y que el carísimo pantalón del prepotente señor Cortés no tardaría en estarlo también.

—Tengo muchas ganas de conocer a su madre —dijo de pronto.

Mientras hablaba, conservó la vista fija en los campos. Y como él tardaba en contestar, se volvió a mirarlo.

—Ella a usted creo que también. Pero no podré darte el placer de conocerla por el momento. Ella casi nunca viene a la finca. Prefiere la casa de la ciudad.

Eso la contrarió profundamente. Tenía ganas de entrar en contacto lo antes posible con la abuela de sus niños, a la que ya consideraba una aliada contra su enemigo. También le contrariaba la forma en que jugaba con Juan, pues no parecía importarle que le revolviere el pelo ni que en sus pantalones empezaran a aparecer manchas oscuras y húmedas. Nada estaba saliendo como esperaba.

“¡Maldita sea!, —exclamó mentalmente—. ¿Por qué has tenido que aparecer en nuestras vidas? Mis sobrinos y yo estábamos muy bien hasta que se te ocurrió ir a buscarnos. Un día u otro me los hubieran dado en adopción, a pesar de lo que Gabriela dijo”.

Gabriela López era una mujer pequeña y alegre que la visitaba con frecuencia por orden del juez para comprobar la forma en que atendían a los pequeños. Con el tiempo, habían establecido una buena amistad entre ellas; y el día siguiente de la aparición de Francisco Cortés, Laura la había llamado y Gabriela había ido a verla pocas horas después.

—¿Hay algún problema? —le había preguntado Gabriela—. Cuéntame todo con calma, porque cuando has llamado por teléfono no te he entendido muy bien lo que me estabas contando.

Mientras tomaban café, Laura le había contado lo ocurrido el día anterior. Desde luego, había omitido decir que se había hecho pasar por la su hermana la verdadera madre de los pequeños; ese era un asunto que le causaba gran inquietud pero que, por otro lado, le ayudaría a pelear por la custodia de los niños. O, por lo menos, así lo creía.

—Ese señor Cortés y tú tenéis el mismo grado de parentesco con los niños —había comentado Gabriela, pensativa—. Él puede demandar un orden judicial para visitar a los pequeños con regularidad y también para ejercer algún tipo de control sobre su educación y bienestar.

Eso era lo que Francisco Cortés había dicho. Pero Laura sabía que él no se conformaría con eso, sino que querría el control absoluto sobre ellos. Y estaba segura de que movería cielo y tierra para conseguirlo, en cuanto se enterara de que la verdadera madre los había abandonado.

—¿Qué pasa si Carmen vuelve y se hace cargo de ellos? —le había comentado—. ¿Qué derechos tiene en ese caso la familia del padre?

—Te comenté en otra ocasión —comentaba mirándola con simpatía—, que la adopción puede presentar algunas dificultades, aunque la madre haya dicho que puedes quedarte con los niños. Es muy posible que el juez determine

que, a consecuencia del parto, tu hermana esté sufriendo una depresión debido a un desajuste hormonal que la hace actuar de forma incoherente y que cuando eso haya pasado, se arrepentirá de su decisión. Eso es algo muy común en muchas mujeres sufrir lo que se llama depresión posparto. Eso sólo lo puede decidir el tiempo. Tú puedes conseguir una orden judicial para hacerte cargo de los niños durante el tiempo que se determine necesario, pero la adopción es otra cosa.

Laura había tenido que volver la cabeza para ocultar las lágrimas que aparecían descontroladamente recorriendo sus mejillas.

—La familia del padre también tiene derechos sobre los niños— había continuado Gabriela—, pues la ley considera que los pequeños necesitan todo el cariño que sus parientes tanto maternos como paternos puedan darle.

Esa no era la respuesta que Laura quería oír, pero era lo que le había hecho tomar la decisión de aceptar el viaje a Lanzarote. Lo había hecho con la firme decisión de convencer a Francisco Cortés de que era una madre ejemplar, cariñosa y muy responsable. Quería que él viese que ella no era la mujer que él esperaba o creía que era.

Sumergida en sus pensamientos, no oyó lo que Francisco le decía— Perdón, estaba distraída.

—Ya casi hemos llegado. Desde aquí puedes ver el cortijo —repitió Francisco con paciencia y con tono más duro agregó—: Pensaba que estarías ansiosa por conocer el lugar donde tus hijos van a pasar su infancia.

Francisco trataba de hacerle creer que el futuro de los niños ya estaba decidido. Sin hacer ningún comentario, Laura miró hacia afuera.

En la cima al final de un estrecho camino distinguió una casa grande, parecía desde lejos de una sola planta baja. En las laderas se alineaban las viñas en perfecta simetría, aunque no tenían la estructura de los viñedos que se conocían en España.

A medida que se acercaban mayor fue su sorpresa. Las viñas estaban formadas por hoyos en forma de cono invertidos.

—Para plantar la vid, se cavan grandes hoyos en la capa volcánica, en forma de cono invertido, de modo que puedan acceder a la tierra vegetal. Una vez plantadas, el hoyo se recubre de nuevo con picón. —empezó a explicarle Francisco.

Laura se negó a mostrarse impresionada. Los pequeños no necesitaban nada de lo que la familia Cortés, especialmente Francisco pudiera darles. Lo

que ellos necesitaban era amor y cuidados, y eso se lo daba ella en abundancia. Desgraciadamente, el isleño también estaba dispuesto a dárselos. La expresión de su rostro cuando jugaba con Juan era muy sincera hacia el cariño que demostraba hacia él.

Los celos se apoderaron de Laura. Unos celos rabiosos, desagradables y exigentes que la hicieron decir:

—Lo va a marear —dijo, recuperando al pequeño un poco a la fuerza.

Se arrepintió inmediatamente de lo que acababa de hacer y hasta se sintió avergonzada, sin embargo, no tuvo tiempo de añadir nada, porque en ese momento el coche cruzó un enorme arco abierto en una gran verja negra y dorada, paró suavemente en un patio adornado con geranios de múltiples y vivos colores.

Francisco abrió la puerta y le tendió la mano para ayudarla con los pequeños mientras Eduardo sacaba en primer lugar el carro para ellos del maletero. Laura se negó a aceptarla y tuvo que hacer un esfuerzo y mil maniobras para mantener el equilibrio al bajar del coche y no caerse. Las piedras del patio brillaban bajo los rayos del sol y el calor traspasaba las delgadas suelas de sus zapatos bajos.

La casa era verdaderamente impresionante: efectivamente era de una sola planta y enorme, de gruesas paredes pintada de blanco completamente y con una especie de torreón en un extremo. La blancura de las paredes contrastaba con el azul intenso del cielo, con el intenso color de la buganvilla y con los abigarrados y aromáticos geranios. No quería reconocerlo, pero aquello le había gustado.

La magnificencia del campo la hizo cerrar los ojos y recordar el pequeño piso donde ella se podía permitir vivir y que acababa de dejar. En ese momento se dio cuenta de que se había metido en terreno peligroso y que allí le iba a resultar mucho más difícil derrotar a su enemigo.

“No importa, —se dijo intentando convencerse así misma—. A pesar de todo, estoy dispuesta a luchar hasta el final. Francisco Cortés cree que me rendiré fácilmente, pero no me conoce, y menos aún sabe lo que soy capaz de aguantar por mis niños”.

Se puso firme, lo miró y dijo:

—Indíqueme dónde puedo cambiar y dar de comer a mis hijos. Además, este sol tan potente al que no están acostumbrados puede hacerles daño.

—Por supuesto —respondió Francisco Cortés, sin dejarse impresionar



por su actitud.

Mientras Laura colocaba a los pequeños en su carito gemelar, Francisco le dijo algo a Eduardo en voz baja y después la agarró del brazo para conducirla dentro de la casa.

En ese instante, con su contacto sintió algo muy parecido a una corriente eléctrica y se separó bruscamente de él.

—¡Hahn! ¡espera!! ¡El carro no rueda bien con las piedras!

Una mujer algo bajita y gordita salió de las sombras de la arcada con los brazos abiertos y extendidos. Su cara arrugada era una enorme y dulce sonrisa; tenía los ojos fijados en el carro, miraba a los pequeños y apenas dirigió una mirada a Laura.

Ella no tardó en darse cuenta de que el lenguaje de los bebés era universal, pues al cabo de unos segundos el rostro solemne de los pequeños se disolvió en una sonrisa enternecedora y como en otras ocasiones fue el pequeño Juan quien extendió los brazos hacia aquella mujer. Antes de que Laura pudiera pronunciar palabra, el niño fue arrebatado de su asiento por los brazos de aquella mujer.

—No te preocupes. Estará bien con ella le aclaró Francisco, con una sonrisa que le molestó profundamente—. Perdona a Mua por no darme tiempo a presentarla, pero es que el amor de algunas mujeres por los niños puede ser arrollador.

—Eso lo disculpa todo, ¿verdad? ¡Vaya costumbres aquí! —repuso Laura, mientras se preguntaba cómo hacerle entender que no estaba dispuesta a dejarse avasallar.

Francisco se acercó casi imperceptiblemente y los brillantes rayos del sol pusieron de relieve la textura de su piel bronceada. A esa distancia, pudo apreciar la sombra de la barba que empezaba a crecer y el abanico de sus espesas pestañas, que intentaban infructuosamente ocultar el brillo de satisfacción de sus ojos color miel.

Laura sintió un nudo en la garganta. Era algo completamente indefinible que amenazaba con ahogarla. Para combatir aquella extraña sensación, volvió el rostro hacia el otro lado y dijo:

—Hay que cambiarlos y darles de comer. Son niños, no un juguete.

—Lo sé —contestó él—. Moa también lo sabe. Además de llevar esta casa, ella y su esposo Jun han cuidado a nueve hijos.

—¡vaya! Me alegro por ellos, de verdad.

Laura comprendía las intenciones de Francisco. Pretendía relegarla a la categoría de adorno, demostrarle que podía prescindir de ella.

“Es parte de un plan para apoderarse de los pequeños, —pensó—. Lo único que tiene que hacer es esperar a que me aburra y vuelva a mi vida anterior. Pero está muy equivocado, no sabe a quién se enfrenta”.

El mismo Francisco Cortés confirmó sus sospechas brindándole una sonrisa y diciendo:

—Voy a enseñarte tu habitación. Cenamos a las nueve. Creo que encontrarás algo con lo que entretenerte hasta esa hora.

—Indíqueme dónde ha llevado esa mujer a Juan. Ocuparme de mis hijos me mantendrá en constante actividad —le espetó. —le recuerdo que los hermanos deben estar juntos, o... pretende separarlos?

No estaba dispuesta a pasar a un segundo plano en la vida de sus hijos, y menos aún que no la tuvieran en consideración respecto a los horarios y costumbres de los pequeños. Cuanto antes se diera cuenta de ello Francisco, mejor para todos.

—Ten cuidado con lo que dices Carmen. No me gustan estos desplantes, ni tampoco me gusta tu comportamiento ni tu falta de moral. Moa ocupa en esta casa una posición que exige respeto y te agradeceré que se lo demuestres. Sígueme.

Laura obedeció sumisa y lo siguió al interior de la casa. Francisco se detuvo ante una puerta de madera tallada, la señaló con un leve movimiento de cabeza, y dijo:

—Tu habitación. A las nueve vendrá Rosarito, la hija menor de Moa, para acompañarte al comedor. Mientras tanto, descansa, quítate ese mal humor y si quieres yo me ocuparé de Daniela.

—¿También quieres arrebatarme ahora a mi hija?

—Descansa.

Se fue, dejando tras de sí el recuerdo de una sonrisa feroz.

## CAPITULO 4

Laura, con el ceño fruncido y los labios apretados, abrió la puerta, se quedó sin aliento y muy sorprendida al encontrarse con una espaciosa y acogedora habitación. Sus maletas estaban colocadas a los pies de una enorme cama de madera. En ellas estaban las cosas que necesitaba para Juan y Daniela, lo cual significaba que Moa no estaba satisfaciendo sus necesidades físicas sino jugando con Juan y enseñando a sus hijos uno de los más jóvenes retoños de la riquísima familia Cortés. Lo que la tenía bastante mosqueada ya que Daniela parecía ser insignificante para ellos.

Laura cogió en brazos a Daniela y salió de la habitación con la firme decisión de rescatar a Juan. Francisco Cortés iba a saber muy pronto que no estaba imbuido de derechos divinos y que, por lo tanto, no siempre se podía salir con la suya.

Mientras caminaba fue abriendo las puertas que encontraba por el largo y ancho pasillo. Pertenecían a otros tantos dormitorios, tan grandes y espaciosos como el suyo. Descubrió un estudio lleno de libros de estudios sobre marketing y de sistemas de ventas tanto en exportación como importación; también un gran salón, el comedor y otras tantas habitaciones.

Por fin, al final del pasillo encontró a la cocina. Seguramente, estaba en la base del torreón que había visto al llegar, porque había una escalera estrecha de madera que indicaba conducir a un piso superior. Apenas prestó atención a aquella curiosa mezcla de utensilios antiguos y modernos, a la gran chimenea de piedra y a los estantes de madera desgastados, pues casi en cuanto entró oyó la voz de una mujer que hablaba a un bebé y que provenía de la parte de arriba.

“¡Por fin! lo he encontrado, —se dijo—. Ahora va a saber esa Moa que no voy a permitir que me lo arrebathe, por mucho que el señor Francisco Cortés se lo haya ordenado”.

Un arrebatador acceso de cólera, incrementado por el instinto maternal que con tanta fuerza había despertado en ella cuando Carmen se había deshecho de sus hijos, la hizo subir sin pensárselo dos veces por la escalera como un huracán. Sin embargo, se calmó en cuanto llegó a la estancia. La grandísima habitación que encontró estaba completamente equipada con todo lo que un

niño necesitaba, incluyendo una cama individual al lado de la enorme cuna. Una cuna que parecía el doble de la que ella poseía en su casa. Y Juan se encontraba cómodamente arropado en los brazos de una muchacha de unos veinte años, extraordinariamente atractiva y el rostro del pequeño expresaba con gran claridad la felicidad que el biberón que estaba tomando le producía.

Llevaba ropa que no era suya, pero que al ser de algodón resultaba mucho más adecuada para aquel clima que todo lo que ella había llevado. Tenía sus deditos enredados en los oscuros mechones rizados de aquella muchacha que lo abrazaba, como hacía cuando le daba de comer.

—Aquí está mamá —exclamó Mua—, toda sonrisa, yendo hacia ella; y añadió—: Mi hija... esta es mi hija Rosarito.

—Encantada de conocerla Carmen—intervino la muchacha con voz amable y una brillante sonrisa—. Juan acaba de tomar la papilla de cereales. Suele tomar ésta, ¿verdad? Cuando don Francisco nos llamó desde Sevilla para decirnos lo que había que comprar, nos dijo la marca de la leche que usted le da a los pequeños.

Juan rechazó el biberón en ese momento, y Rosarito lo apoyó en su hombro.

—Déjame a mí, me sujetas a Daniela mientras —le pidió Laura, dando un paso hacia ellos— Moa podrías prepararme otro para mi niña por favor.

Abrazó al niño con mucho cariño, mientras se decía que Francisco Cortés había planeado todo hasta el último detalle. Se había fijado en todo durante las numerosas visitas que había hecho a su piso para ver a los pequeños.

“¡Cretino! seguramente, está pensando que no le será difícil obtener la custodia legal de los niños, y no vacila en recurrir a los medios que juzgue convenientes”.

Laura se estremeció al pensar en lo que podía ocurrir, pero no tuvo tiempo de seguir pensando en ello, porque Rosarito se levantó a recoger el biberón y el plato con los restos de la papilla, y le dijo:

—¿Le gusta la habitación de los niños? Yo dormiré aquí. Le prometo de todo corazón que los cuidaré bien.

Laura iba a responder con un desplante, pero se contuvo al recordar que Rosarito no era la responsable de aquella situación y se dedicó a recostar a Juan y a ponerlo cómodo. Para dedicarse a continuación a Daniela.

Su primer impulso fue ordenar que todo lo que estaba en aquella habitación, fuera llevado a la suya inmediatamente. Sin embargo, mirándola

bien, aquella habitación era ideal para los niños. Las ventanas dejaban entrar aire y sol en cantidad suficiente y estaban provistas de persianas que graduaban su intensidad. Estaba muy cerca de la cocina, lo cual era ideal para prepararles la comida. No le pareció práctico ni sensato exigir que lo cambiaran y se volvió a Rosarito para decir:

—Yo me ocuparé de mis hijos. Pueden jugar y descansar aquí durante el día, pero de noche me gustaría dormir con ellos. Podemos llevarnos la cuna a mi habitación después del baño y darles de cenar.

Rosarito la miró sorprendida y desolada, y Laura concedió lo único que estaba dispuesta a conceder:

—Si por alguna razón tengo que salir, te los dejaré con mucho gusto.

Al ver que la expresión de la muchacha no cambiaba, añadió:

—Hay que dejarlos dormir un par de horas, te agradeceré que lo vigiles mientras yo deshago mis maletas.

Mientras guardaba sus cosas en los armarios y en la cómoda, Laura pensó que no tardaría en verse obligada a dejar a los niños en las capaces manos de Rosarito y su madre. Si la abuela del niño no se dejaba ver en dos o tres días, ella iría a la Isla vecina a buscarla. Francisco Cortés iba a darse cuenta de que no podía tenerla encerrada en aquella finca separada de sus hijos que tanto amaba.

Horas más tarde, Rosarito y ella llevaron la cuna a su habitación. Empezaba a desafiar las órdenes del todopoderoso Francisco Cortés.

—Don Francisco me ha pedido que la acompañe al comedor —le informó la joven—, pero todavía falta una hora. Mientras usted cena, yo entraré de vez en cuando a ver a los niños.

—Sé dónde está el comedor no hace falta que me acompañe —respondió Laura con una sonrisa, al tiempo que dejaba a Daniela en la cuna y lo arropaba con una mantita de lana— Puedes acostar tu a Juan. —le pidió amablemente— Te agradeceré muchísimo que los vigiles en mi ausencia.

Le gustaba la chica y los pequeños se llevaban muy bien con ella. Los cuatro habían pasado un buen rato aquella tarde. Laura le estaba muy agradecida que la ayudase con ellos, algunas veces, cuidar dos niños le resultaba muy cansado. Moa también había subido un rato a jugar con ellos, así que si Juan o Daniela se despertaban mientras ella estaba cenando con Francisco, se encontrarían con una cara conocida.

Desde luego, Laura no quería cenar con su prepotente anfitrión. Estaba

decidida a establecer ciertas reglas o distancias y no sabía cómo las iba a tomar el arrogante señor Cortés. Empezaba a creer que su carácter ocultaba una cierta dosis de crueldad y le iba a costar mucho trabajo negociar con él.

Mientras se bañaba y arreglaba, una extraña inquietud se apoderó de ella. Temía con que le saldría Cortés en la cena. Decidió ponerse un sencillo vestido azul marino con pequeñas florecitas blancas, sin mangas, hacerse una trenza y aplicar el mínimo de maquillaje. Estuvo lista casi media hora antes de la hora convenida.

Se miró al espejo y encontró una pequeña arruga en el ceño que hizo desaparecer con un simple movimiento de los músculos faciales. Se preguntó una vez más cómo era posible que Francisco Cortes la hubiera confundido con Carmen. Ella no era asidua a tratamientos de belleza como su hermana y la edad ya empezaba a notarse.

No tenían la misma estatura, si la tez blanca y el pelo rubio; Tan parecidas y a la vez completamente diferentes. Los ojos de Carmen eran profundamente azules, mientras que los suyos tenían fuertes tonalidades de color verdes. La nariz de su hermana era un poco más larga y aguileña, y los pómulos más altos gracias a su última operación de estética, lo que le daba un aspecto mucho más estilizado que el suyo. Y, sobre todo, Carmen era algo más delgada, como su profesión de azafata exigía para dar una buena imagen.

“Francisco Cortés habrá pensado que estoy un poco más gorda por el embarazo. Además, dice que sólo vio a Carmen un momento... Y yo no lo he sacado de su error, un error que tengo que aprovechar”.

Estaba arrepentida de haberlo engañado, pero le parecía la única forma de asegurarse de que no les quitara a sus hijos. Por lo tanto, se enderezó cuanto pudo y salió de su habitación decidida a presentar batalla a Francisco Cortés al hombre al que consideraba su enemigo. Su mayor enemigo.

## CAPITULO 5

—¿Una copa, Carmen?

Laura titubeó un momento en el umbral de la puerta, no terminaba de acostumbrarse a que la llamase por el nombre de su hermana, mientras Francisco Cortés dejaba a un lado los documentos que estaba consultando. Después, Francisco se levantó y le sonrió educadamente, aunque su mirada permanecía indiferente.

—Gracias —respondió Laura amablemente.

Su corazón empezó a latir con fuerza en su pecho. Muy rara vez la llamaba por su nombre, casi siempre se dirigía a ella como señorita Martínez.

La recorrió detenidamente de pies a cabeza con la mirada; Laura atribuyó aquella mirada al famoso machismo que parecía haber impuesto en la familia Cortés, y que en Francisco resultaba atenuado o disfrazado por su excelente educación. Sin embargo, no protestó y se dirigió hacia uno de los sillones que estaban a un lado de la chimenea. Lo único que le interesaba en ese momento, era no tropezar ni demostrar los sentimientos que la embargaban.

Lo miró en silencio mientras él servía en unas copas una bebida de color amarillo pálido que guardaba en una botella con la etiqueta de Cortés. Supuso que sería uno de sus vinos.

—Prueba primero el fino —le propuso, mientras dejaba las copas al lado de una pequeña bandeja que parecía ser de plata llena de aceitunas manzanilla—. Si te resulta muy seco, te daré un oloroso. Nuestro mayor mercado son los vinos dulces, nosotros lo consideramos bebida de mujeres mayores, pero parece que los gustos han cambiado bastante y está muy de moda en las de tu edad. Cada día aumentan nuestras exportaciones de fino a la península, sobre todo para la zona de Andalucía.

—¿Está burlándose de mí?, porque espero que no sea así—respondió ella, a la defensiva—. Debe ser que nuestras “mujeres andaluzas” han adquirido costumbres más refinadas...

Cada vez soportaba menos su aire de superioridad. Al principio le había parecido que era una pose; pero al verlo en su casa, entre sus cosas, había empezado a pensar que era algo natural en él.

—Discúlpeme no esperaba que lo tomase así, no tengo la menor intención

de burlarme de nuestro mejor mercado.

Se sentó descaradamente frente a ella. Sus movimientos eran refinados y vigorosos al mismo tiempo, y ponían en relieve su enorme atractivo. Su mirada, sobre todo, le pareció especialmente seductora cuando le preguntó:

—¿Qué tal se siente aquí?

Tuvo que hacer un esfuerzo para romper el hechizo provocado por sus ojos, y se apresuró a tomar un sorbo de la copa y deleitarse con el vino que desprendía un delicioso aroma. Lo encontró ligeramente dulce y al beber un segundo trago, tuvo la sensación de estar bebiendo luz de sol mezclada con escarcha.

—¡Delicioso si señor! —exclamó—. Me sería muy fácil volverme adicta a este vino.

Observó la copa que estaba cubierta por pequeñísimas gotas de agua y de forma indolente, trazó con la uña una línea sinuosa sobre la helada superficie.

—Si el mercado del vino dulce se está reduciendo, ¿por qué no produce más vino seco?

—No es tan fácil como parece, pues depende de la uva, de su maduración, de muchas otras cosas —se levantó para volver a llenarle la copa y continuó—: si quiere en unos días la llevo a las bodegas. Allí le explicaré todo el proceso de elaboración... si le interesa.

Le interesaba, a pesar de sí misma; a pesar de la desconfianza mutua que había entre ellos, de sus mentiras y de la arrogancia de Campuzano. Sin embargo, no quiso desaprovechar la oportunidad que él acababa de darle, y después de beber otro sorbo, preguntó:

—No soy tan ignorante como usted piensa. —continuo Laura desafiante— Pero corrijame si me equivoco al decir que la Malvasía de Lanzarote se trata de una variedad de origen canario y que procede de un cruce entre la Malvasía Aromática de origen griego y Mar majuelo. —Laura se había informado duramente sobre los viñedos de Lanzarote— Es una variedad de uva blanca, con ligeros toques aromáticos, muy productiva y de maduración media. La protagonista de los vinos de Malvasía en Lanzarote por decirlo así, aunque también se cultiva en otras islas.

—¡Vaya...! Trae los deberes hechos.

—¿Cuándo iremos a Canarias a visitar a su madre?

—¿Tienes mucha prisa? —preguntó él a su vez, con algo que se le figuró como un deje de desprecio.



La volvió a mirar, pero aquella vez fijó la vista en sus piernas.

—La finca te resulta demasiado tranquila, demasiado... rústica, ¿verdad? Lo siento. De verdad, siento mucho que te hayas aburrido tan pronto. No era mi intención.

“¡Es odioso! no voy a poder soportar mucho tiempo más con él.” — pensó, al tiempo que tiraba de su vestido para cubrir sus piernas. En ese momento se dio cuenta de que Francisco las estaba observado como si fueran una mercancía en oferta y que las había rechazado por encontrarlas defectuosas. Eso, en gran parte, era atribuible a Carmen y su dudosa reputación.

—La razón por la que accedí a venir a Lanzarote —dijo con una dignidad de la que se sintió muy orgullosa—, fue que su madre pudiera conocer a sus nietos. Si usted no quiere llevarnos a Gran Canaria, encontraré la forma de ir por mi cuenta. Estoy segura de que no me será difícil...

—Mi madre te recibirá cuando esté preparada para recibirte, no antes — respondió Francisco con voz suave, pero dura—. La muerte de mi hermano ha sido un golpe muy duro para ella y necesita tiempo para acostumbrarse a la idea de que tiene nietos. No te irás a ninguna parte por ahora espero que lo entiendas.

Al principio, le pareció haber oído mal. Pero al cabo de un segundo se dijo que Francisco Cortés era un dictador; que estaba acostumbrado a ser obedecido sin protestar y que no sólo Moya, Rosalito, sino todos sus empleados ejecutaban sus órdenes al pie de la letra sin reparar en lo que fuese. Entonces, impulsada por una rabia incontenible, exclamó:

—Y, ¿qué demonios estoy haciendo aquí? ¿Por qué me ha hecho venir si su madre no está preparada para conocer a sus nietos? ¿Por qué me hace perder el tiempo de esta forma? Le advierto señor Cortés que yo no soy de su propiedad.

Su cólera se estrelló contra la indiferencia de Francisco Cortés, produciéndole un agudo sentimiento de frustración.

De pronto, Francisco se levantó y apretó un botón colocado al lado de la puerta. Un timbre para ser más exactos que avisaba a los empleados.

—Vamos al comedor. Es la hora ya de cenar.

Laura se levantó y lo siguió. Lo único que quería era que aquella tortura terminara lo antes posible y poder volver a su habitación y encerrarse en ella con sus hijos. Ya decidiría después lo que iba a hacer.

Se sentaron ante una larga mesa ovalada y la chica se puso la servilleta en el regazo con movimientos nerviosos. Moa apareció y le sirvió un plato que llamó “Crema de merluza al vino Lanzaroteño”.

Estaba delicioso y Laura lo comió con rapidez. A pesar de su estado anímico, tenía mucha hambre y agradeció aquel plato caliente y bien preparado, acompañado por un pan crujiente y tierno.

Todavía no había terminado la crema, cuando notó que Francisco deslizaba por la mesa una copa; y al advertir el vello espeso y corto que cubría su muñeca, sintió otra vez un nudo en la garganta y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para tragar la cucharada que se acababa de llevarse a la boca.

—El acompañamiento perfecto para este plato es una manzanilla —dijo Cortés con su tono de voz frío y como siempre indiferente—. Hay que alternar las dos cosas para que sus sabores se complementen.

“¡Cómo! Este imbécil me esta diciendo que no sé comer.” —gritaba Laura para sus adentros.

Francisco estaba dispuesto a no dejar pasar ninguna oportunidad de ponerla en ridículo. Pero lo que consiguió fue que Laura perdiese las ganas de seguir comiendo.

—Este vino es de nuestros viñedos de la zona alta de la montaña cerca a los volcanes— la instruyó Cortés—. Se dice que nuestra tierra volcánica le comunica ese sabor distinto al resto de otras vid.

Cuando Francisco terminó de hablar, bebió un sorbo de su copa, Laura, más como acción refleja que por curiosidad, probó el suyo. Aunque, en realidad, le llamó la atención que Cortés calificara el vino como volcánico.

El líquido era más pálido que el fino que le había servido como aperitivo; el sabor, para sorpresa suya, era muy distinto.

—Termina la Crema. Moa se enfadará si dejas algo en el plato.

—No soy una niña pequeña señor Cortés —repuso ella, en abierta protesta.

Francisco deslizó la mirada por las curvas de sus senos.

—Es más que notorio —le respondió.

Laura prefirió ignorar su desafortunado comentario y mantuvo un digno silencio durante el resto de la cena, compuesta por filetes de pollo empanados, tortilla de patatas... y varias copas de rioja.

—¿Quieres postre verdad? —preguntó Francisco un rato después,

tomando un cuchillo—. Tenemos flan al caramelo, arroz con leche y fruta.

Laura negó con la cabeza. En realidad, no podía comer un bocado más. Además, la combinación de tantos vinos ya había surtido efecto en sus cinco sentidos, pues no estaba acostumbrada a beber tanto alcohol.

Francisco dejó el cuchillo de cortar el flan sobre la mesa y se apoyó en el respaldo de su silla.

—Me han dicho que no quieres que Rosarito se ocupe de mis sobrinos — dijo, con voz melosa.

—Perdón... mis hijos— lo corrigió Laura.

—Vale tus hijos. —afirmó él— Pero si lo has hecho para persuadirme de que eres una buena madre, desde ahora te digo que no lo has conseguido.

La estaba desafiando. Sin embargo, Laura no podía contestar ni enfrentarse en ese momento a Cortés, temía que la lengua se le enredara demasiado por efecto de tanto alcohol. Y se arrepintió de haber bebido tanto.

El único remedio que le quedaba para no meter la pata era levantarse y alejarse en silencio, como si sus comentarios no merecieran tener de una respuesta. Debía ignorarlo. Así lo hizo; mejor dicho, intentó hacerlo, porque en cuanto se puso de pie, le pareció que la cabeza le daba vueltas y tuvo que sentarse de nuevo.

—Por el bien de sus hijos, espero que no necesiten esta noche de su madre —prosiguió Francisco—. Si los niños necesitan algo, te sugiero que llames a Rosarito.

“Reconozco estoy algo borracha cuando los niños me necesiten... ¿Qué voy a hacer ahora? —pensó Laura—. Seguramente, lo ha hecho a propósito. Me ha hecho beber intencionadamente todas esas copas de vino... Querrá demostrar que no estoy capacitada para cuidar de mis hijos y yo he caído en su trampa como una tonta.”

Laura no supo cómo logró ponerse en pie nuevamente y llegar a la puerta sin caerse. Hasta se las arregló para despedirse amable y educadamente. Sin embargo, Francisco Cortés no la dejó marcharse con tanta facilidad.

—Aclárame una cosa —le pidió, con aquella voz que empezaba a parecerle seductora—. Si te llamas Carmen, ¿por qué tus colegas y amigos te llaman Laura... o Lau? Debe haber una razón lógica para ese cambio de nombre tan brusco. No me gustan los misterios, así que dime cuál es.

Laura se le quedó mirando con los ojos tan abiertos, que casi le dolieron. Cortés empezaba a sospechar, la había hecho beber demasiado para que no

podiera inventar nuevas mentiras. Desde minutos antes, tenía la lengua pegada al paladar y el violento latir de su corazón no la dejaba pensar con claridad.

Una sonrisa feroz alargó los labios de Francisco.

—¿Quieres que te refresque la memoria? —le preguntó con una frialdad—. Creo que no soy yo la única que esta bebida esta noche. Recuerda usted que le comenté en Sevilla que uso un seudónimo para firmar mis cuadros y que así no relacionasen mi pintura con mi trabajo de azafata.

—Sí es cierto. Después de leer tus cartas, especialmente aquella en la que hablabas del embarazo y más tarde en la que comunicabas que habías tenido niño y niña, me puse a investigar un poco. La firma seguía siendo indescifrable; pero las personas que te contrataron, algunos de los ayudantes, me dijeron que te llamabas Carmen Martínez... Cam para los amigos. Por cierto, que esos amigos resultaron ser muy numerosos, casi todos hombres, y tus relaciones con todos ellos demasiado... íntimas, podríamos decir.

Aquellas palabras la hicieron recuperar la sobriedad. Le molestó que pensara que su hermana era una perdida que se acostaba con cualquiera. Ella sabía que lo que a Carmen le interesaba, era el esplendor de las fiestas, conocer gente... Coquetear era para ella un juego inocente... lo había sido desde que había cumplido los quince años. No era una mujer promiscua, de ninguna manera... El hecho de que se hubiera quedado embarazada lo demostraba; si estuviera acostumbrada a irse con cualquiera, hubiera tomado precauciones.

Sintió la cabeza completamente despejada y le dirigió una sonrisa terrible.

—No quiero que pierda el sueño con este pequeño misterio sobre mí, señor Cortés —dijo con una voz que destilaba veneno—. Carmen es mi nombre real y Laura Martínez o L.M. es la pintora. Carmen es demasiado... hogareño o Andaluz. ¿Satisfecho?

Tendría que contentarse con eso, pues Laura dio media vuelta y salió del comedor.

“¡Tengo que tener cuidado con lo que digo!, pero no va a descubrirme con preguntas como esa, —se dijo mientras se dirigía hacia su habitación—. Y no importa que esté bebida. Me estoy convirtiendo en una experta en el arte de mentir. A lo mejor hubiese sido buena actriz.”

## CAPITULO 6

Los Resplandeciente rayos del sol obligaron a Laura a entrecerrar los ojos y a ponerse un sombrero de paja que Rosarito le había prestado al salir de la casa.

Raúl, uno de los hijos de Moa, la había llevado en coche hasta el final de los viñedos. El tractor se había alejado en seguida, levantando una polvareda de tierra que, según dijo Rosarito, producía el vino en el triángulo comprendido entre el cortijo y las dos montañas que se veían desde la casa. Aquel era el único lugar del mundo en el que se daban las uvas de donde se obtenía el sabor característico de la tierra volcánica.

Por primera vez en varias semanas, Laura se sintió tranquila. Fue un sentimiento nacido no sólo de la quietud del paisaje, sino de la amistad que Rosarito le había brindado desde el primer momento, y, sobre todo, de las frecuentes ausencias de Francisco por el trabajo.

Cortés no había abandonado la finca, pero nunca cenaba con ella. Según Rosarito, iba todas las noches a ver a su madre, según le dijo poseía una avioneta para ir de una isla a otra. Sin embargo, Laura lo dudaba; y con un cinismo que sorprendió a la muchacha, afirmó que la mujer con quien cenaba era mucho más joven que doña Manuela y sus relaciones no eran precisamente maternas.

A altas horas de la madrugada, la despertaba el ruido de su coche al entrar en la finca. Entonces, sentía un profundo rencor por aquel hombre que la había hecho abandonar su casa y la había llevado a una isla de la que solo podía escapar en avión o en barco, con el propósito exclusivo de que sus hijos Juan y Daniela conocieran a su abuela... propósito que, hasta el momento, no se había cumplido.

Francisco Cortés no se ocupaba de ella para nada, pero a los niños no los olvidaba. Todos los días jugaba un rato con ellos. En esas ocasiones, su sonrisa era sincera y en sus ojos brillaba un afecto que no podía ser disimulado. Tampoco podía fingir la frialdad con que la miraba a ella.

“No es sólo frialdad, —se dijo Laura, inquieta y nerviosa—. Hay algo más, algo que no alcanzo a comprender... A veces me parece que me quiere interrogar con la mirada, que me exige la respuesta a una incógnita que está

empezando a molestarle. Algo tiene en mente. Algo está tramando. ¿me habrá descubierto?”

Aquella misma mañana lo había sorprendido mirándola de esa forma.

Sacudió la cabeza para alejar el mal recuerdo y miró a su alrededor. A poca distancia, distinguió un conjunto de árboles que le ofrecían sombra fresca. Sobre todo, le llamaron la atención las flores que Mau tenía sembrada en unas bonitas macetas azules como el mar en un pequeño rincón del patio trasero de la casa; y se entristeció, echaba de menos Sevilla, aunque se sentía muy bien allí cuando no aparecía Francisco.

Sin darse cuenta, había empezado a amar aquel lugar, a sentirse casi como en su casa. Por eso había querido aprovechar que los niños estaban dormidos para explorar un poco los alrededores y buscar paisajes que plasmar en el lienzo cuando volviera a su casa.

Era una costumbre que había adquirido desde que se había hecho cargo de sus sobrinos. Ya no podía deambular tranquilamente por los barrios de Sevilla, pero se había acostumbrado a ir empujando el enorme cochecito gemelar buscando lugares que después fotografiaba para poder pintar tranquilamente en su piso.

Decidió que lo que hacía en Sevilla, podía hacerlo en Lanzarote. No sólo podía, sino que tenía que hacerlo. Cuando Cortés había aparecido en su vida como un huracán, estaba terminando un cuadro que le habían encargado. El dinero que había recibido por el cuadro lo había invertido en pagar dos meses de alquiler y el resto se lo había llevado al viaje. No tenía nada más y había que pensar en el futuro.

Por lo tanto, decidió ir por los alrededores, buscando unos pequeños pinos para trabajar a la sombra. Una suave brisa agitó el vestido que llevaba, y Laura recordó que se trataba de un regalo de su hermana Carmen.

—Toma. Es para ti. Aunque no creo que te guste. Te va a parecer demasiado atrevido. Si no lo quieres usar, regálasele a alguna amiga tuya.

—Gracias —había respondido ella, observando la prenda.

Era un vestido casi transparente de color gris perla. Su único adorno era una hilera de pequeños botones tipo perla que iba del dobladillo al recatado escote. Era muy bonito... y muy caro.

—Es como para una jovencita —había dicho Carmen con cierto desdén—. No entiendo por qué me lo compré.

Era la primera vez que Laura se ponía ese vestido. Solía utilizar prendas

más clásicas, duraderas y más de diario, pues iban mejor con su estilo de vida y con la imagen que ella misma se había forjado. Lo había conservado porque le había parecido muy bonito. Y cuando Francisco Cortés le había aconsejado que llevara ropa ligera, lo incluyó en su equipaje porque la única ropa ligera que tenía eran unas cuantas blusas y dos pantalones.

La brisa, aunque cálida hizo que la tela se pegara a su cuerpo, casi acariciándolo.

“Carmen piensa que soy una solterona seria y remilgada. Si pudiera verme ahora... ¡hermanita en que lío me has metido!”

Era muy cierto todo. Era seria, muy seria. Pero en su defensa, podía alegar que había tenido que asumir muchas responsabilidades a muy temprana edad. Responsabilidades que Carmen en vez de ayudarla se desentendió. A los quince años era una joven como todas, tal vez un poco más estudiosa que el resto de sus compañeras y que incluso su propia hermana, y tenía intención de abrirse camino en el mundo del arte. Entonces se había desatado la tormenta que iba a cambiar su vida y la de toda su familia: su padre, un hombre callado y poco cariñoso, les había anunciado que se iba al extranjero... que se había enamorado de otra mujer.

Su madre se había quedado deshecha y no se había recuperado ni física ni mentalmente del abandono de su padre. A partir de ese momento, ella se había ocupado del control de la familia. Cuando Carmen había empezado a descarriarse, había sido Laura la que había tenido que meterla en cintura y fijar las reglas que debía obedecer, aunque sin conseguirlo siempre.

Sin darse cuenta, llegó a donde se encontraban varios pinos. Una vez allí, se sentó en el suelo y trató de alejar sus recuerdos. Una pequeña lagartija le llamó la atención y se puso a observarla hasta que el animalito desapareció con un rápido movimiento de la cola.

Al cabo de unos minutos, se puso de pie y fue hasta el otro extremo del camino. A lo lejos, vio grandes extensiones de terreno gris. En esa parte de la finca, la tierra no era buena para la vid o eso creía ella.

Decidió subir a la colina cercana. Desde allí podría tener una vista que incluyera toda la finca, los interminables viñedos y la casa blanca y señorial. Le pareció un buen tema para un cuadro.

Tuvo que detenerse antes de llegar a la mitad, acalorada y sin aliento. Se reprochó no haber llevado agua, pues a menos que se encontrara con Eduardo o algún otro trabajador, iba a tener que volver andando a casa.

En ese momento, apareció a lo lejos un hombre montado a caballo por el otro lado de la colina.

“Y... yo que no creía en milagros..., —se dijo—. Estará midiendo terreno para construir más conos invertidos; y con este calor, seguro que trae agua”.

El jinete estaba ya muy cerca, así que se adelantó y gritó:

—¡Hola!

El hombre no respondió, simplemente dejó que su caballo se dirigiera hacia ella. Llevaba un sombrero negro, ladeado para que la sombra le protegiera los ojos; una camisa vaquera cubría su fornido pecho. Laura se dijo que era especialmente atractivo.

En cuanto descubrió la identidad del jinete, se encendió algo en su interior.

—Hola —respondió el hombre, mientras obligaba al caballo a detenerse.

Inconscientemente, dio un paso hacia atrás, al reconocer que Francisco Cortés le parecía el hombre más atractivo del mundo. Él sonrió al ver su reacción; y ella, al darse cuenta, levantó la cabeza con dignidad.

Por dentro, sin embargo, estaba temblando. Una sensación desconocida para ella, algo que estaba íntimamente ligado con el sexo, despertó de pronto, dejándola incapaz de hablar y hasta de pensar.

—¿Te has perdido?

Laura negó con la cabeza.

—Si no estás perdida... ¿me estabas buscando?

—Por supuesto que no —repuso, recobrando a duras penas el control—. No lo necesito para nada.

Se preparó para una nueva discusión. Francisco Cortés era el hombre más atractivo que había conocido, pero también el más peligroso.

—Para nada, claro —respondió él con tono ligeramente sarcástico.

Ya estaba acostumbrada a su forma de hablar, y decidió no prestarle demasiada atención. Sin embargo, no pudo saber lo que pensaba, porque cuando desmontó, su rostro quedó oculto por el ala del sombrero.

“¿Cómo se atreve a decirme que lo he venido a buscar? ¿Cómo se atreve a....?”, pensó.

Deseó en aquel momento no haberse puesto aquel vestido frívolo y transparente.

De pie frente a ella, Francisco anudó las riendas en el pomo de la silla y



le preguntó:

—¿Por qué me has llamado? ¿Quieres que te lleve a la casa?

—No —respondió, cortante.

Laura no era de baja estatura. Pero al verlo allí, frente a ella, le pareció altísimo. De su piel se desprendía un olor muy especial, que al combinarse con el aroma del cuero y del campo, lo imbuían de una virilidad desconocida para ella.

Se puso muy nerviosa. Para distraerse, se puso a jugar con la hebilla del bolso que llevaba colgado del hombro.

“Era lo último que podía pasar, —se dijo, angustiada—. Bastantes problemas tengo ya con Francisco Cortés por el asunto de los niños como para dejar que mis hormonas empiecen a correr cada vez que lo veo. Tengo que ser muy fría y actuar con más inteligencia”.

—Lo he llamado porque no lo reconocí al principio. Soy capaz de volver a la casa por mi propio pie, pero sí le agradecería un sorbo de agua, si es que tiene.

—Por supuesto.

La agarró por el brazo para conducirla hacia la sombra y el efecto que su contacto le produjo, fue semejante al de una chispa eléctrica. No sólo eso, sino que casi la hizo perder la conciencia del lugar en el que se encontraba y caminaba como si sus pies no tocaran el suelo.

El maravilloso caballo negro los siguió, obedeciendo dócilmente a un silbido de Francisco.

“Le basta con un silbido... Este hombre tiene a todo el mundo sometido”, se dijo la joven intentando no perder la cabeza.

Una vez más, la frescura y el aroma de la isla... una mezcla a tierra seca, volcán y a mar la envolvieron, pero en lugar de sentirse tranquila y relajada como la primera vez que se había acogido a su sombra, su alma se llenó de angustia. Y Laura ya era consciente de que la inquietud que se apoderaba de ella cada vez que se encontraba en presencia de Francisco, era debido, no a la disputa por la custodia de los niños, sino a algo más profundo.

—¿Quieres comer algo? —propuso Cortés, tomando una bolsa que estaba atada a la silla de montar—. Ven siéntate. Ponte cómoda.

Laura permaneció de pie con el propósito exclusivo de demostrarle que había alguien que no se sometía a sus órdenes. Francisco pareció no darse cuenta y después de sacar de la bolsa una cantimplora, se la ofreció.

—Aquí tienes —dijo con indiferencia—. Has escogido la peor hora del día para salir a pasear por estos campos. Espero que te hayas puesto protección solar.

—Por supuesto. No soy tonta —respondió ella—. No le daré la molestia de tener que atender a una mujer enferma.

La cantimplora no tenía vaso para beber, por lo que tuvo que llevársela a los labios directamente. El agua le supo deliciosa y cuando apartó el envase de la boca, sacó ligeramente la lengua para recoger las gotillas que se le habían quedado en los labios.

Se dio cuenta de que Francisco la observaba con atención y que en sus ojos brillaba la chispa de una sonrisa. Laura no encontraba graciosa la situación.

—No me refería a eso —le aclaró Cortés—, de pronto. Levantó levemente el ala del sombrero, con lo que quedaron al descubierto sus impresionantes ojos color miel. —¿Crees que no te estoy atendiendo como debe ser? —preguntó a continuación.

—¿Me lo pregunta en serio? —respondió Laura, sintiendo que el rubor aparecía en sus mejillas.

Para disimular, se sentó en el suelo, aunque lo más lejos posible de la turbadora presencia del isleño. Pensó en lo que sentiría al recibir más atenciones de él, y rechazó la idea inmediatamente. Y como era un tema en el que no quería profundizar, dijo:

—Suelo salir a esta hora, porque es cuando los niños duermen la siesta. Rosarito se queda a cuidarlos, pero yo procuro volver antes que despierten. Hablando de niños... Creo que ya es hora de que me vaya.

Intentó levantarse, pero Francisco se lo impidió apoyando la mano en su hombro.

—No te vayas.

## CAPITULO 7

Empleó un tono tranquilo, pero firme, que usaba cuando daba una orden que no admitía réplica. Pero lo que evitó que Laura se pusiera de pie, fue el roce de su mano, que la hizo estremecerse contra su propia voluntad.

—No es necesario que te esfuerces tanto para convencerme de tu devoción maternal —repuso Cortés.

—No necesito esforzarme para cuidar a mis hijos —respondió.

—¿Crees que podrás resistir durante mucho tiempo más la tentación de volver a tu actividad profesional?

Laura estuvo a punto de echarse a reír. Era lo único en lo que Francisco Cortés resultaba transparente. Él estaba seguro de que su afán de volver a la vida atractiva de azafata de fiestas acabaría por perderla; y estaba esperando el momento en el que eso ocurriera para hacerse cargo legalmente de la custodia de los niños.

Desde luego, tenía mucha razón. Ni él mismo sabía cuánta. Lo malo era que la tomaba por otra mujer. A Laura le asombraba que un hombre como Francisco Cortés, que evidentemente tenía mucha experiencia en cuestión de mujeres, la considerara una azafata profesional. Por eso, no pudo evitar un ligero tono irónico al decir:

—Siento desilusionarte. Francisco, pero ahora tengo dos actividades que me interesan más: la pintura y la maternidad.

—Vamos progresando —repuso él—. Empiezas a llamarme por mi nombre y hasta te atreves a tutearme.

Laura desvió la mirada para ganar tiempo y pensar algo que le diera a entender que no estaba intentando acercarse a él. Lo único que consiguió decir fue:

—Tengo que irme. Mis hijos no tardaran en despertar. Muchas gracias por el agua.

—Llegarás antes si vamos a caballo.

Rechazar su ofrecimiento era lo mismo que asegurar que le temía. Por lo tanto, se encogió de hombros y aceptó el pedazo de tortilla de patatas que le ofreció con la punta de su navaja.

La tortilla le pareció deliciosa, pero quiso rechazar la cuña de queso que

sacó después.

—El mejor queso de España se hace en Andalucía —afirmó Francisco, antes de que ella pudiera decir algo—. Pruébalo.

—Muy bueno —opinó un momento después, chupándose los dedos.

Se sintió mucho más tranquila, sin saber por qué. Y se dedicó a observar cómo guardaba la navaja en su funda; después lo vio tumbarse a largo y apoyar la cabeza en los brazos cruzados.

Laura permaneció sentada, abrazándose las rodillas y mirándolo. Al principio había pensado que tenía treinta y ocho o treinta y nueve años; pero así, con ropa de trabajo, descansado y cubierto de polvo, parecía varios años más joven. Tuviera la edad que tuviera, era un hombre extraordinario.

Francisco se cubrió la cara con el sombrero, y momentos después su pecho se movió como si estuviera dormido. En ese momento Laura perdió el interés por volver a casa antes de que los niños despertaran. Allí estaban Rosarito y Moa su madre para atenderlos; y los pequeños, que tenían un corazón muy generoso, las querían a las dos.

Además, se encontraba muy a gusto allí. El único ruido que se oía era el de los grillos y el suave murmullo del viento.

Incluso en la sombra, el aire era caliente. Casi sin darse cuenta, se desabrochó varios botones del vestido... Con el propio vestido empezó a abanicarse el pecho, tratando de refrescarse un poco. Estaba dedicada a esa tarea cuando oyó que Francisco decía:

—Permíteme ayudarte.

La voz de Francisco hipnotizó a Laura, sonó como una larga y suave brisa, un dulce remolino que se retorció sobre sí mismo y que la acariciaba dulcemente, algo que la hizo perder el contacto con la realidad de aquel instante.

Cortés acercó lenta y delicadamente la mano su vestido, casi como si el tiempo se fuera parando; agarró un botón y lo hizo pasar por el ojal... Luego repitió con otro la misma operación... así, una y otra vez...

Laura estaba paralizada, luchaba consigo misma entre apartarlo o dejarse llevar por lo que estaba sintiendo. Se preguntó dónde estarían todas aquellas inhibiciones de las que su hermana la acusaba con tanta frecuencia.

¿Acaso habrían desaparecido por efecto del cálido sol de la isla?

¿Por qué se había convertido tan fácilmente en otra mujer?

¿Por qué agradecía y disfrutaba del roce de una mano masculina contra la

piel turgente de sus senos?

“No la mano de cualquier hombre, —se precipitó a decir la parte consciente de su cerebro—. Sólo la mano de este hombre...”

Francisco Cortés se acercó más. Laura cerró los ojos y aspiró con fuerza en aroma que Francisco desprendía. Y se preguntó por qué nunca se había sentido así; por qué en ese momento su cuerpo se convertía en un objeto creado para dar placer a alguien que apenas conocía, por qué anhelaba convertirse en el receptáculo de su pasión.

Cuando terminó con los botones, separó los bordes del vestido. Al instante, Laura oyó una campana de alarma en su mente. Lo que vio fue el rostro varonil de Francisco Cortés mirando... recreándose con la contemplación de su cuerpo casi desnudo.

Se tensó y empezó a sentir vergüenza y rechazo; sin embargo, se arrepintió al instante de aquellos sentimientos, porque era señal de que volvían las inhibiciones para ahuyentar el maravilloso momento de sensualidad y de abandono que acababa de vivir.

Un leve movimiento de Francisco hizo que se le desabrochara el sostén, y se apoderó de sus senos como si fueran un valioso tesoro que llevaba largo tiempo buscando. Las campanas de alarma volvieron a sonar, pero fueron inmediatamente aplacadas por los violentos latidos de su corazón y por el fuego que empezaba a correr por sus venas.

—Eres linda... muy linda —dijo con voz suave, dulce y seductora.

Laura se dejó llevar por el placer que sus palabras le producían, deseando más... mucho más.

Francisco como si adivinara sus pensamientos, inclinó la cabeza y la besó. Un beso intenso, lleno de pasión y deseo que hizo que Laura pensara que iba a desmayarse.

“No...no...” —se empezó a repetir a sí misma.

En una porción de segundo una serie de pensamientos se agolparon en su mente, pero sobre todos ellos se impuso la certeza de que todo era una nueva trampa de Francisco como la cena de días atrás con tanto alcohol para hacerla parecer una borracha. Estaba segura de que todo había sido una trampa, de que había querido hacer que pareciera una mujer fácil.

—No me vuelvas a tocar. No te acerques a mí nunca más —le gritó con voz ronca. Y con un repujón brusco lo apartó de ella.

Laura comenzó a vestirse. Estaba al borde del llanto porque sus botones,

los miles de botones de su vestido, se negaban a entrar en los ojales. agarrando sus cosas salió corriendo hacia la casa sin mirar atrás.

Francisco no sabía si seguirla o no.

La vio alejarse, se subió a su caballo. Tras unos minutos sin saber que hacer galopó para alcanzarla, pero ya era demasiado tarde. Laura ya había entrado en la casa.

No sabía si la rabia que sentía en aquel instante era por el rechazo de Laura o por no haberla retenido y dejar que se marchase.

Laura entro en su habitación. Los pequeños no estaban así que supuso que estarían con Rosarito y su madre. S encerró en su baño. Se desnudó y abrió el grifo de la ducha. No para de llorar mientras el agua recorría su cuerpo.

“¿Cómo he podido ser tan... tan...tonta? —, pensó. —Francisco solo quiere quitarme a mis hijos. Él nunca se enamoraría de Carmen y yo para él soy ella.”

**TRIOLOGIA INTRUSA**

**TOMO 1 “CONFUSIÓN”**

**TOMO 2 “MENTIRAS”**

**TOMO 3 “VERDADES”**